

IZQUIERDA E HISTORIA EN URUGUAY

JAIME YAFFE.

Instituto de Ciencia Política, FCS, Universidad de la República, Uruguay

Introducción

En 1971 la mayoría de los partidos y grupos de izquierda existentes en Uruguay se unieron junto a sectores escindidos de los partidos tradicionales (Partido Nacional o Blanco y Partido Colorado) dando origen al Frente Amplio (FA). Con el correr de los años esta coalición de partidos se fue convirtiendo en un nuevo partido. La estructura propia del FA se fue institucionalizando y consolidando más allá de las de los partidos que le dieron origen. El FA fue construyendo una identidad propia, que incorporó y superó ampliamente a las identidades de los partidos fundadores.

El constante crecimiento electoral del FA entre 1971 y 1999 ha sido en parte el resultado del proceso de renovación experimentado por la izquierda desde su fundación, sobre todo desde el retorno a la democracia en 1985. Esta renovación ha estado caracterizada por una importante moderación del programa del FA. Muchos de los puntos más radicales de transformación económica y social presentes en el programa fundacional de 1971 han sido eliminados o matizados. Sin embargo este corrimiento hacia el centro no ha puesto en riesgo el perfil propio del FA como partido de izquierda. Esto en parte ha sido posible porque el FA construyó una tradición propia que refuerza su identidad partidaria y genera un tipo de adhesión más emotiva que programática o ideológica.

Para construir esta nueva tradición partidaria, la izquierda debió cambiar radicalmente su anterior prédica antitradicionalista. Comunistas y socialistas se concebían como “partidos de ideas” por oposición a los “partidos tradicionales”. Mientras que estos eran señalados como facciones aglutinadas por tradiciones sin mayores contenidos ideológicos, aquellos se consideraban organizaciones políticas inspiradas en ideas elaboradas que fundamentaban programas consistentes. Desde mediados de los años cincuenta del siglo XX la izquierda uruguaya inició el proceso de abandono del antitradicionalismo para pasar a cosechar su propia tradición. A partir de 1971, con la fundación del FA, este proceso se aceleró hasta que luego de la dictadura militar (1973-1985) esa tradición se volvió una dimensión principal de su identidad partidaria, mientras que la ideología pasó a un segundo plano.

Este proceso de transformación supuso un importante cambio en la relación de la izquierda uruguaya con el pasado. Para potenciar su implantación en el sistema político nacional, el FA identificó sus propios referentes históricos, desde los cuales se promociona como síntesis de las “mejores tradiciones” de la nación. Por ello, elaboró su propia lectura de la historia uruguaya, articulando un relato funcional a su discurso y accionar político. Para hacerlo se apoyó en la renovación historiográfica de los años sesenta y setenta. De esa forma, el FA pudo, apoyándose en estas novedades producidas por los historiadores de izquierda, elaborar su propia reconstrucción de la historia nacional, desde la cual se ubica como continuador de los movimientos revolucionarios y reformistas de los siglos XIX (artiguismo) y XX (batllismo y nacionalismo revolucionario).

Izquierda y artiguismo

El núcleo central de esa reconstrucción histórica ensayada, el rescate y relectura del artiguismo desde la izquierda, se había iniciado hacia mediados de los cincuenta y desplegado en los sesenta desde diversos ámbitos de la izquierda política y la intelectualidad. El Partido Comunista luego de la renovación que iniciara a mediados de los cincuenta ensayó la incorporación y exaltación de un Artigas revolucionario social. En los años sesenta un equipo de historiadores vinculados a ese partido (Nelson de la Torre, Julio Rodríguez y Lucía Sala) llevó adelante la más profunda investigación que hasta hoy se conoce sobre el período colonial, la revolución artiguista y los primeros años del Uruguay independiente. Se apoyaron en una producción anterior, desarrollada en los años 40 y 50, entre otros, por Francisco Pintos, Jesualdo, Vivián Trías y Esteban Campal. Sin embargo, el impacto académico y político de la investigación referida no tiene comparación con ninguno de los antecedentes que pudieron inspirarlos.

Esta reubicación frente al pasado nacional desde la izquierda comunista, confluyó en esa década del sesenta con impulsos similares y aún anteriores de otros grupos de izquierda y núcleos intelectuales. Unos tres años antes de la difusión de la mencionada investigación, los por entonces jóvenes y poco conocidos historiadores José Pedro Barrán y Benjamín Nahum habían dado a conocer un breve trabajo, el primero de su autoría conjunta, sobre el artiguismo (Barrán y Nahum 1964). Vista desde ahora, esa publicación constituye un anticipo de la línea reinterpretaiva señalada. Sus ejes pueden sintetizarse en cuatro puntos: la preocupación por los fundamentos económicos y sociales del devenir histórico; la centralidad de los sujetos sociales colectivos (las “masas populares”) en los procesos históricos; el carácter revolucionario, o por lo menos profundamente transformador y la intención social progresista de ciertos hitos de nuestro pasado; y por último el fracaso, el carácter frustrado de esos ensayos transformadores.

El Frente Amplio, al retomar estos antecedentes y desarrollarlos con una potencia mucho mayor, inició una incorporación plena del tradicionalismo político, que rompió con el predominio de la veta racionalista e ideológica. Este impulso tradicionalista que replanteó las relaciones y el posicionamiento de la izquierda frente al pasado nacional, dio lugar a la articulación de una nueva lectura de la historia nacional y de las tradiciones. La nueva formulación, reconstrucción histórica, se remonta a un origen artiguista de la nación -de contenido popular, nacional y democrático- con el que el Frente Amplio se identifica. Aquel movimiento revolucionario, convenientemente rescatado en sus claves antioligárquicas y antimperialistas, radica la identificación primera de la izquierda frenteamplista en el origen de la orientalidad.

El discurso público de la nueva fuerza política nacida en 1971 recurría insistentemente a la identificación con el artiguismo. La mención permanente de la figura de Artigas y uso de su imagen en el material propagadístico, la invocación de sus definiciones y posicionamientos, el uso frecuente de sus frases en los actos públicos y documentos del Frente Amplio, la elección de las fechas vinculadas al ciclo artiguista para las conmemoraciones del Frente Amplio, son varias manifestaciones concretas de esta exaltación artiguista.

En el relato histórico de la izquierda, luego de la derrota del artiguismo en 1820, habría sobrevenido un período signado por el antiartiguismo, un tramo del pasado nacional que la izquierda repudiaba. El artiguismo había sido derrotado y, de paso, algunos de los futuros conductores de los bandos tradicionales aparecían implicados en esa derrota. La traición se habría prolongado luego cuando, establecido el estado independiente a partir de 1828-1830, los primeros gobiernos encabezados por los fundadores de los bandos tradicionales renegaron del camino revolucionario del artiguismo.

Se trataba de una reconstrucción especialmente conveniente para la izquierda ya que ubicada un pasado revolucionario con el que la izquierda se autoidentificaba y, al mismo tiempo, dejaba mal parados a los entonces apenas insinuados bandos tradicionales con cuyos herederos el Frente Amplio pretendía confrontar. Para armar este *adecuado pasado* la izquierda había recogido los frutos de la investigación histórica de la época. Estos le daban bases apropiadas por haberse orientado en esa misma dirección interpretativa.

Izquierda, batllismo y nacionalismo

Luego la selectiva mirada histórica de la izquierda se detendrá en algunos elementos especialmente valorizados de las tradiciones blanca y colorada. En una nueva asimilación de la producción historiográfica por parte de la izquierda, se desarrolla una interpretación de la historia nacional en base a la cual el FA acabará proclamándose no sólo como continuación histórica del artiguismo traicionado e inconcluso, sino también como síntesis y prolongación de las “mejores tradiciones” de los partidos tradicionales, al tiempo que los impugnaré por haberlas traicionado: en el caso del Partido Colorado, el reformismo económico y social del batllismo, el “progresismo”, el estatismo, la identificación con los sectores populares urbanos; en el caso del Partido Blanco o Nacional, el nacionalismo americanista con sus expresiones antiimperialistas y su reivindicación de los intereses rurales, la modalidad contestataria y revolucionaria de acción política, y el reformismo político de perfil democrático pluralista.

La incorporación de la tradición blanca retomó algunas notas derivadas de la renovación del Partido Socialista en los años cincuenta y sesenta. Esta abrió cause a un reposicionamiento respecto al pasado nacional, exhibiendo una particular afinidad hacia la tradición nacionalista blanca.

La incorporación de *lo colorado* fue mucho más fuerte en la configuración frenteamplista originaria. El batllismo tenía atributos muy funcionales al proyecto frenteamplista y a sus fundamentos históricos: se trataba, lo mismo que el artiguismo, de un proyecto de transformación frustrado. Estaba por tanto, en tanto recurso histórico, disponible para ser reinvidicado desde un posicionamiento político que buscaba relevar a los partidos tradicionales desde sus propias tradiciones.

Como había sucedido en la década anterior con el artiguismo, se produjo en los setenta con el batllismo otra confluencia entre reconstrucción y uso político del pasado por un lado y producción historiográfica por otro. Para la izquierda política este proceso quedó clausurado por la dictadura. Sin embargo, durante su transcurso la producción historiográfica uruguaya dio un salto notable en el conocimiento de las primeras décadas del siglo veinte desarrollándose una aguda interpretación del batllismo potencialmente funcional al tipo de lectura y ubicación histórica que la izquierda venía cultivando con particular énfasis desde 1971. Se produjo entonces en esa década, un desfase, en tanto la historiografía dio un gran salto adelante en el estudio del batllismo en un tiempo en que la izquierda política estuvo diezmada por la más salvaje represión que ha conocido la historia política del Uruguay contemporáneo. La izquierda restaurada en 1984 retomó la innovación

bloqueada en 1973 contando para ello con una base historiográfica ampliada, renovada, pero ampliamente confirmatoria de la línea ya trazada antes del Golpe de Estado de 1973.

A lo largo de diez años (entre 1979 y 1987) los historiadores José Pedro Barrán y Benjamín Nahum fueron dando a conocer los resultados de su investigación sobre el primer batllismo a través de la serie titulada *Batlle, los estancieros y el Imperio británico*. Abordaron el estudio e interpretación del batllismo basándose en los mismos cuatro pilares mencionados anteriormente para el caso de los estudios sobre el artiguismo: el carácter transformador (revolucionario en un caso, reformista en otro); el fundamento económico y social del proceso; el papel de los sujetos colectivos (clases sociales, masas populares) y la inclinación “popular” del movimiento; la detención del programa de cambios anunciado, de donde se deriva el carácter inconcluso del fenómeno histórico y su potencialidad como recurso político.

Con este avance historiográfico se consolidó una visión del batllismo como movimiento político reformista que había desplegado un segundo proyecto de profunda transformación económica y social del Uruguay. El reformismo batllista se había propuesto la transformación económica y social del Uruguay. Su discurso político revelaba una sensibilidad especial por los sectores populares. Si bien había contado para aplicar parte de sus planes con el control del Estado, se había visto bloqueado, una vez más, frustrado por la acción del imperialismo de afuera y los conservadores de adentro.

Luego de la dictadura, la izquierda hizo la traducción política de este avance historiográfico. En este intento de transformación frenada, encontrará un segundo cabo suelto para rescatar del pasado nacional, más cercano y reconocible que el primero. Desde el punto de vista de la reconstrucción del pasado, de la lectura de la historia nacional y de su incorporación a la propia identidad política, la incorporación del batllismo por la izquierda se vio reforzada en los ochenta y noventa, como lo fuera el artiguismo en la década del sesenta y primeros años de los setenta.

Historia y Política: la disputa por el pasado

Que la historia no es sólo una disciplina del conocimiento, sino también un recurso de la acción política, es cosa sabida y admitida. Sin embargo, en Uruguay no se ha estudiado específicamente, cómo se produce la comunicación que va de la producción historiográfica al uso político de la historia y viceversa.

Los historiadores, en su afán de conocer la realidad pretérita de las sociedades, producen dentro de ciertos parámetros, reglas del oficio, que imponen un conjunto de rigurosidades, exigencias y controles mutuos propios del trabajo académico. Son las garantías compartidas dentro de una comunidad académica que asigna o quita validez a los resultados de la investigación histórica. El público, el auditorio de la Historia, menos exigente con los procedimientos, de cualquier forma se vuelve un segundo ámbito de reconocimiento o cuestionamiento de la obra de los historiadores.

Los políticos y los partidos disponen del pasado histórico propio y colectivo como un arma para la batalla. No se trata de un recurso más de la lucha política. El uso del pasado, de un pasado convenientemente reconstruido y presentado (sin apego a reglas ni controles, sencillamente reelaborado y exhibido), cumple para los partidos dos funciones relevantes. Por un lado, es un validante de los programas y planteos presentes, dotándolos de proyecciones de largo plazo, de fundamentos históricos, justificativos pasados de acciones y orientaciones actuales. Por otro, actúa como religante de las colectividades políticas, otorgador de identidades comunes, reforzador de emotividades y fibras irracionales que están detrás de toda pasión política, dando calor y fuerza a las racionalidades programáticas y estratégicas (a las que de ninguna manera se reduce la política realmente existente).

Ambas reconstrucciones del pasado, la del historiador y la del político, respondiendo a motivaciones y procedimientos bien distintos, conviven e interactúan en cierto tiempo y lugar. Este intercambio no depende de la voluntad de los sujetos en cuestión, sencillamente se produce.

Los historiadores, por iluminados que sean, no dejan de ser hombres y mujeres de su época y lugar. Sus preocupaciones, sus miradas, sus temas, sus preguntas, sus procedimientos, sus fuentes preferidas, se formulan y reformulan en el marco de un cierto clima social, político y cultural. Los acercamientos al pasado son siempre necesariamente parciales y las conclusiones relativas. El historiador reconoce sus limitaciones. Sabe que no siempre dispone de toda la documentación relevante y que sus instrumentos teóricos, metodológicos y hasta técnicos se renuevan permanentemente ampliando horizontes, cuestionando visiones aceptadas. Admite, como otros cultivadores del conocimiento de pretensión científica, que sus propias miradas están fundadas en preocupaciones que le vienen de su época, de su condición económica, de su ubicación social, de su ambiente cultural, de su orientación filosófica, de sus preferencias ideológicas, de sus definiciones políticas y sus pertenencias o afinidades partidarias. Por otra parte, los historiadores, salvo quienes

pecan por ingenuos, no ignoran las implicancias y los posibles usos políticos de su trabajo. Ese reconocimiento forma parte del conjunto de elementos que conforman sus motivaciones.

Por su parte, los partidos y los políticos realizan su propia reconstrucción del pasado. Para ello toman de las producciones historiográficas aquello que conviene a la justificación de sus posicionamientos actuales y proyectos futuros así como al reforzamiento de las identidades religantes de sus colectividades. Se nutren a su arbitrio de los resultados de la investigación histórica, seleccionan e incorporan elementos para conformar una lectura *políticamente conveniente* del pasado.

Esto fue siempre claramente visible en los dos partidos tradicionales uruguayos. No así en el caso de la izquierda que por mucho tiempo se presentó a sí misma como la promotora de una ruptura con el pasado nacional identificado con aquellos partidos a los que pretendía remover del gobierno. Esta ajenidad de la izquierda con la historia y las tradiciones nacionales comenzó a cambiar a mediados del siglo XX, cuando tanto entre los comunistas como entre los socialistas se hicieron revisiones de estas tesis y se visualizó la conveniencia de fijar referencias en ese pasado e identificarse con algunos sucesos y movimientos de transformación, desde los cuales proyectarse. Coincidentemente en los años sesenta y setenta, se produjo una importante renovación de los enfoques historiográficos, que tuvo en el artiguismo y el batllismo sus ejes temáticos.

Desde que en 1971 la mayor parte de la izquierda se unificó en el Frente Amplio, la incorporación de tradicionalismo se volvió un recurso cada vez más relevante en el discurso político y en la configuración de la identidad partidaria de la izquierda. Sobre la base de los avances historiográficos producidos por historiadores de izquierda, el artiguismo y el batllismo fueron incorporados como componentes centrales de la lectura de la historia nacional promovida por el Frente Amplio. Este proceso de tradicionalización se interrumpió con el golpe de Estado de 1973 que sometió a toda la izquierda a la resistencia clandestina en medio de una feroz represión.

A partir de la reaparición pública del Frente Amplio en 1984, se profundiza la apropiación de parte de las tradiciones blanca y colorada. Se retomó así el impulso tradicionalista desarrollado entre 1971 y 1973, para construir -a partir de aquellas, y junto a otros elementos que vienen de la historia de la propia izquierda una identidad propiamente frenteamplista. Por la vía de estas incorporaciones el Frente Amplio cuenta con un relato histórico en el que se colocó a sí mismo como la síntesis de “las mejores tradiciones” nacionales.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Barrán, José Pedro y Nahum, Benjamín (1979-1987): *Battle, los estancieros y el Imperio Británico*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.

Caetano, Gerardo y Rilla José (1995): "Izquierda y tradición. Un problema y su versión en Uruguay", en Gerardo Caetano - Javier Gallardo - José Rilla: *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*, Ediciones Trilce, Montevideo.

De la Torre, Nelson - Rodríguez, Julio – Sala, Lucía (1969): *La revolución agraria artiguista (1815-1816)*, Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo.

De la Torre, Nelson - Rodríguez, Julio – Sala, Lucía (1972): *Después de Artigas (1820-1836)*, Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo.

Hobsbawn, Eric (1993): *Política para una izquierda racional*, Crítica, Barcelona, (traducción de la edición original inglesa de 1989).

Queirolo, Rosario (1999): "La tradicionalización del Frente Amplio" en Luis Eduardo Gonzalez y otros *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambio*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.

Rilla, José (1999): "Cambiar la Historia. Sobre la relaciones entre la historia política y la élite política en el Uruguay contemporáneo". En *Revista uruguaya de Ciencia Política*, N° 11, Instituto de Ciencia Política - Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.